



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



El rey sapo, o Heinrich el de los hierros

Hermanos Grimm

En aquellos tiempos dorados en los que el deseo aún tenía poder, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy bellas; pero la más pequeña era tan adorable que incluso el sol, que tantas cosas ha visto, se quedaba maravillado cada vez que brillaba sobre su rostro. No lejos del palacio del rey había un bosque muy profundo y oscuro, y al pie de un tilo se encontraba un pozo. Cuando hacía mucho calor, la princesa solía meterse en el bosque y sentarse al borde del pozo, del cual parecía emanar un frescor maravilloso.

Para entretenerse jugaba con una canica de oro, la lanzaba al aire y la cazaba al vuelo. Era su juego preferido. Cierta día la lanzó de forma algo descuidada, y no logró cazarla. La canica se alejó rodando por el suelo camino del pozo, alcanzó el borde, y allí desapareció de la vista.

La princesa corrió en pos de la canica y miró al fondo del agua; pero era un pozo tan profundo que no consiguió divisarla. Ni siquiera alcanzaba a vislumbrar el fondo del pozo.

Se puso a llorar, y siguió llorando cada vez más fuerte, inconsolablemente. Pero mientras seguía llorando y sollozando, oyó una voz que le hablaba.

—¿Qué te ocurre, princesa? Lloras tan amargamente que incluso las piedras se apiadarían de ti.

La princesa volvió la cabeza para ver de dónde salía esa voz, y vio un sapo cuya fea cabeza asomaba por la superficie del agua.



—Ah, eres tú, el que siempre anda chapoteando —dijo ella—. Lloro porque se ha caído al agua mi canica de oro, y es tan hondo que no alcanzo a verla.

—Entonces, ya puedes dejar de llorar, ahora mismo —dijo el sapo—. Yo puedo ayudarte a recuperarla. Pero, dime, ¿qué me darías si bajo a buscar tu canica?

—¡Todo lo que me pidas, sapo! ¡Cualquier cosa! Mi ropa, mis perlas, mis joyas, hasta la corona de oro que llevo en la cabeza.

—No quiero tu ropa, y tus joyas y tu corona no me servirían de nada, pero si me quieres y me llevas contigo para que sea tu compañero de juegos y tu amigo, si dejas que me siente a la mesa junto a ti y que coma de tu plato y beba de tu copa y duerma en tu cama, me zambulliré hasta el fondo y te traeré tu canica de oro.



La princesa se puso a pensar: “¿Se puede saber qué tonterías está diciendo este sapo estúpido? Da lo mismo lo que anhele, porque tendrá que permanecer en el agua, que es donde él vive. Aunque tal vez sí pueda traerme mi canica”. Naturalmente, la princesa no dijo nada de lo que pensaba. Sino que dijo:

—Sí, sí. Tráeme la canica y te prometo todo eso que me pides.

En cuanto el sapo oyó decir “sí”, metió la cabeza en el agua y se zambulló hasta el fondo. Al cabo de un momento ya había nadado de regreso hasta la superficie, con la canica sujeta en la boca, y la escupió y la hizo llegar a la hierba.

La princesa se sintió tan feliz al verla que salió corriendo hacia ella, la tomó y se fue corriendo de allí.

—¡Espera, espera! —gritó el sapo—. ¡Llévame contigo! ¡Avanzando a saltos no soy tan rápido como tú! ¡No corras!

Pero ella no le hizo caso. Corrió a casa y olvidó por completo al pobre sapo, que terminó regresando al pozo donde vivía.

Al día siguiente la princesa estaba sentada a la mesa con su padre el rey y toda la corte, y comía los alimentos que le habían servido en el plato de oro, cuando se oyó que algo ascendía a brincos por los peldaños de mármol: plip plop, plip plop. Una vez en lo alto, llamó a la puerta y gritó:

—¡Princesa! ¡La más pequeña! ¡Ábreme la puerta!

Ella corrió a ver quién podía ser, abrió la puerta, y se encontró ante el sapo.



Asustada, cerró de un portazo sin esperar un momento, y regresó corriendo a la mesa.

El rey advirtió que el corazón de la princesa latía con mucha fuerza, y dijo:

—¿De qué tienes miedo, mi pequeña? ¿Has visto a un gigante al otro lado de la puerta?

—¡Qué va! No es un gigante, es un sapo horrible.

—¿Y qué pretende ese sapo de ti?

—Mira, padre, ayer, cuando estaba jugando en el bosque cerca del pozo, se me cayó al agua mi canica de oro. Y me puse a llorar, y como lloraba tanto el sapo bajó a recogerla, y como insistió tanto, tuve que prometerle que le dejaría ser amigo mío. Pero yo creí que no iba a poder alejarse del agua. ¡Y ahora resulta que ha venido hasta aquí y pretende que le deje entrar!

Entonces se oyó que llamaban otra vez a la puerta, y que una voz entonaba:

¡Princesa, princesa, del rey la hija menor,
abre y déjame entrar!

O la promesa que me hiciste junto al pozo
valdrá tanto como una aguja oxidada.

¡Hija del rey, cumple tu promesa,
abre y déjame entrar!

El rey dijo entonces:

—Si haces una promesa, tienes que cumplirla. Ve a abrir y déjalo que pase.

La princesa abrió la puerta y el sapo entró dando saltos en la estancia. Y, sin dejar de saltar, se acercó a la silla de la princesa.

—Levántame —dijo el sapo—. Quiero sentarme a tu lado.

Ella no quería, pero el rey le dijo:



—Venga, haz lo que te pide.

Así que la princesa tomó al sapo y lo levantó. Cuando ya estaba en la silla él pidió que lo subiera a la mesa, y ella no tuvo más remedio que ponerlo allí, y entonces él dijo:

—Acerca un poco tu plato de oro para que pueda comer contigo.

Ella accedió, y todo el mundo se dio cuenta de lo mucho que a ella le repugnaba aquello. Todo lo contrario que al sapo. Éste comió del plato de ella con sumo placer, y cada vez que el sapo daba un bocado era como si la comida se le quedase pegada a la garganta de la princesa.

Finalmente dijo el sapo:

—Muy bien, me he hartado, muchas gracias. Ahora me gustaría ir a la cama. Llévame a tu cuarto y prepara tu cama de seda para que podamos dormir juntos.

La princesa rompió a llorar, porque la piel del sapo le daba pavor. Se puso a temblar de sólo imaginarse el cuerpo del sapo metido en su cama limpiísima. Pero el rey frunció el ceño y dijo:

—¡No deberías despreciar a quien te prestó su ayuda cuando más apurada estabas!

La princesa tomó al sapo con la punta de los dedos y se lo llevó a su cuarto, pero al llegar lo dejó en el suelo y cerró la puerta.

Pero el sapo siguió llamando y diciendo a gritos:

—¡Quiero entrar! ¡Quiero entrar!

Así que ella abrió la puerta y dijo:

—¡De acuerdo! Te permito entrar, pero tendrás que dormir en el suelo.

Puso al sapo al pie de la cama, pero él siguió insistiendo:

—¡Déjame subir! ¡Déjame subir! ¡Estoy tan cansado como tú!

—¡Será posible! —dijo ella, y lo recogió y lo puso al otro extremo de la almohada.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! —dijo él.

Aquello era intolerable. Presa de un ataque de furia, la princesa tomó al sapo y lo arrojó contra la pared. Pero, ¡oh, sorpresa! El sapo, al deslizarse sobre la cama, ya no era un sapo. Se había convertido en un joven, un príncipe que la miraba con unos bellos y sonrientes ojos.

Y ella lo amó y lo aceptó como compañero, exactamente tal como había deseado el rey. El príncipe le contó que una bruja malvada le había lanzado un maleficio, y que sólo ella, la princesa, podía rescatarlo del pozo. Es más, le contó que al día siguiente llegaría un carruaje para llevárselos a los dos al reino del príncipe. Y después de eso se quedaron dormidos el uno junto al otro.

Y a la mañana siguiente, tan pronto como el sol los despertó, un carruaje llegó a palacio, exactamente como había dicho el príncipe. Tiraban de él ocho caballos sobre cuyas cabezas ondeaban muchas plumas de avestruz y entre cuyas guarniciones se veían destellos de cadenas de oro. Sentado en la parte trasera del carruaje viajaba el fiel Heinrich. Era el criado del príncipe, y cuando supo que su amo había sido transformado en un sapo, se llevó tal disgusto que enseguida fue a casa del herrero y le pidió que le pusiera tres flejes de hierro en el pecho para evitar que el corazón le estallara de dolor.

El fiel Heinrich les ayudó a instalarse en el carruaje y volvió a ocupar su puesto en la parte de atrás. Estaba loco de alegría al ver de nuevo al príncipe.

Cuando apenas había recorrido un corto trecho, el príncipe oyó a su espalda un fortísimo estallido. Se dio la vuelta y exclamó:

—¡Heinrich, el coche se está partiendo en dos!

—No, no, señor. No es más que mi corazón. Cuando vivías en el pozo, cuando eras un sapo, sentí semejante dolor que sujeté mi corazón con unos flejes de hierro para impedir que me estallara, porque el hierro es

más fuerte que el dolor. Pero el amor es más fuerte que el hierro, y ahora que vuelves a ser una persona los flejes de hierro se están rompiendo y caen en pedazos.

Otras dos veces oyeron el mismo fortísimo estallido, y en cada ocasión creyeron que se partía el carruaje, pero todas las veces se equivocaron: era otra cadena de hierro de las que sujetaban el pecho del fiel Heinrich, que liberaban su corazón al saber que su amo volvía a estar a salvo. 🍷



Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Padece atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149